

## EL DESARROLLO DE LA ECONOMIA REGIONAL EN CHIAPAS (1530 - 1975)

Por Roberto WASSERSTROM\*

RESUMEN: *Breve reseña histórica de cómo los tzotziles y tzeltales fueron incorporados al capitalismo, lo que trajo aparejado la injusticia y la desigualdad. Esta situación no se modificará mediante el cambio de la herencia cultural indígena, sino transformando el sistema económico imperante.*

### I. Introducción

En los siguientes apartados examinaremos las fuerzas que, desde el siglo XVI, han transformado la vida social, económica y política de americanos nativos de la parte central de los Altos de Chiapas. Aún ahora, esta región, que ocupa 55 000 Km<sup>2</sup>, está habitada por pueblos indígenas de extracción maya. Dentro de estos pueblos, que mantienen sus tradiciones y lenguas nativas, los tzotziles y tzeltales son quizás los mejor conocidos por nacionales y extranjeros. Esparcidos en 22 municipios separados, estas trescientas cincuenta mil almas cultivan pequeñas milpas que se extienden desde la moderna ciudad de San Cristóbal de Las Casas, hasta el antiguo centro

\* Antropólogo, investigador del Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

Mapa N°1



maya en Palenque. Como los campesinos de todo México, los tzotziles y tzeltales no producen el suficiente maíz, frijol, chile, café y otros cultivos necesarios para satisfacer sus necesidades. Por esta razón muchos de ellos también se enganchan en trabajos temporales fuera de los Altos de Chiapas. Otros, principalmente aquéllos que viven cerca de San Cristóbal, rentan tierras adicionales de finqueros ladinos en el valle del río Grijalva. Por las razones mencionadas, no es sorprendente que las tradiciones y puntos de vista nativos varíen mucho de un municipio a otro. Sin embargo, a pesar del interés que estas diferencias de costumbre puedan tener para nosotros, no serán tra-

radas en este artículo para concentrar nuestra atención en una pregunta fundamental: ¿De qué manera el desarrollo de la agricultura comercial en el centro de Chiapas alteró la vida indígena de la región? Basando nuestra investigación tanto en los documentos históricos como en las tradiciones orales del municipio tzotzil de Zinacantán, pues, examinaremos el nuevo orden económico que desde hace casi cinco siglos se estableció en la región.

## II. Primera Etapa: 1529-1821.

En 1626, el monje dominicano inglés, Thomas Gage, evadiendo su trabajo como misionero en las Filipinas, llegó a Chiapas durante su viaje a Guatemala y —él esperaba— a Europa. Veinte años más tarde describió sus impresiones acerca de esa área del imperio español tan poco conocida:

Esta tierra está dividida en tres provincias, a saber: Chiapa, Zeldales y Zoques de las cuales Chiapa es la más pobre. Esta comprende el importante pueblo de Chiapa de los Indios y todos los poblados y labores... hasta Macuilapa y... el priorato de Comitán que comprende unos diez poblados y muchas estancias de ganado, caballos y mulas que dependen de él... Además de la abundancia de ganado, el producto principal de este valle es el algodón con el cual se fabrica tal cantidad de mantas para el uso de los indios que los comerciantes de cerca y muy lejos vienen por ellas para cambiarlas en el Soconusco y Suchitepequez por cacao de tal manera que están siempre provistos de esa bebida.<sup>1</sup>

De este pasaje se desprende claramente que Chiapas había cambiado dramáticamente en vísperas del «siglo de depresión» de América Central. Ya no era la misma provincia insignificante, desgarrada por los conflictos, que en 1545 había atraído a Fray Bartolomé de Las Casas. Por supuesto que el conflicto centenario entre indios y españoles continuó tanto como persiste hasta la fecha entre ladinos (mestizos) e indígenas, pero ahora se comenzaba a transformar bajo el impacto de lo que Murdo MacLeod ha llamado “el vuelo

<sup>1</sup> J. ERIC S. THOMPSON, *Thomas Gage's travels in the new world*, Norman Oklahoma, 1958, pp. 138-9.

hacia el campo", esto es, el movimiento de empobrecidos españoles hijosdalgo de las ciudades y pueblos hacia pequeñas fincas y labores.<sup>2</sup> Como en Guatemala, estos colonos prefirieron establecer sus ranchos en los valles de las tierras bajas y evitar las tierras frías de los Altos, como lo revelan las descripciones de Gage. Sin embargo la demanda de trigo, un producto de las tierras altas, también apremió la presencia de algunos colonos en las comunidades de la montaña, al norte y al este de Ciudad Real, hoy San Cristóbal de Las Casas. Debido a esto, ya en la mitad del siglo XVI, Pedro de Estrada había fundado una labor y un trapiche en Zinacantán. En los 200 años siguientes, el número de fincas privadas subió a cinco.<sup>3</sup>

A pesar de esto, los colonos españoles jugaron un papel secundario en la economía de Chiapas. Por el tiempo de la llegada de Gage al área, la autoridad política y judicial había pasado a manos de los alcaldes mayores, gobernadores reales para quienes el término de su oficio finalizaba a los cinco años. Ambiciosos y avaros, estos hombres reservaron para ellos el derecho a comerciar con productos lucrativos tales como el cacao y cochinilla. Con frecuencia se asociaban a mercaderes locales, hombres de fortuna que proporcionaban el capital para el negocio y comercio. Utilizando sus amplios poderes, estos oficiales obligaban a los agricultores indígenas a producir grandes cantidades de cacao y cochinilla para su exportación a España. De un modesto principio de 4 000 libras en 1636, siglo y medio después la cosecha de cacao en la región se había incrementado a cerca de 10 000 libras anuales.<sup>4</sup> Sin embargo, el precio que por regla general se pagaba a los agricultores nativos era tan insignificante que no permitía que estos hombres y mujeres (principalmente los Zoques) adquirieran maíz y pagaran sus tributos. Por consiguiente, muchos indígenas se vieron obligados a suplementar sus actividades agrícolas transportando pesados sacos de cacao y cochinilla, a través de senderos montañosos, hasta Ciudad Real o Tabasco. Casi del mismo modo, los zinacantecos, quienes con frecuencia gastaban su provisión de maíz, frijol y chile para pagar su tributo, cargaban cacao y otros

<sup>2</sup> MURDO J. MACLEOD, *Spanish Central America, a socioeconomic history, 1520-1720*, Berkeley and Los Angeles, 1973, pp. 221 ff.

<sup>3</sup> ROBERT S. CHAMBERLAIN, "The Governorship of the Adelantado Francisco de Montejo in Chiapas, 1539-1544", *Contributions to American Anthropology and History*, No. 46, Washington, D. C., 1948.

<sup>4</sup> HERMILIO LÓPEZ SÁNCHEZ, *Apuntes históricos de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México*, México, D. F., 1960, Tomo II, p. 651; *Archivo Histórico de Chiapas*, Boletín 1, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1952, pp. 55-77.

productos del Golfo hacia la Chiapas central, a lomo de mula y precisamente con el objeto de recomprar maíz para el uso doméstico.<sup>5</sup>

Como los alcaldes mayores, después de 1590 la Iglesia asumió una posición de supremacía económica y mercantil. Comenzando con modestos obsequios de tierras reales (realengas) y tierras baldías, las corporaciones eclesiásticas —conventos, monasterios y fundaciones pías— pronto establecieron grandes fincas ganaderas y plantaciones de azúcar. A diferencia de los terratenientes seculares, estos grupos disfrutaban de amplio acceso al capital líquido, adquirido por donativos privados y de las cofradías indígenas. De esta manera, por ejemplo, los dominicos, que en 1572 no poseían "ni un palmo de tierra en toda la provincia", según uno de sus más importantes cronistas, 60 años más tarde habían fundado tres ingenios azucareros y una docena o más de estancias ganaderas.<sup>6</sup> Aun así, la Iglesia recibía rentas mucho más elevadas que las que pudiera haber invertido lucrativamente en tales aventuras. Con una cuidadosa selección de sus clientes; los grupos religiosos prestaban dinero a los mejor acomodados hacendados y vecinos urbanos en Chiapas y Ciudad Real. Hacia el fin del periodo colonial, pues, estas instituciones habían adquirido intereses en virtualmente toda importante empresa agrícola o propiedad dentro de la provincia.

Fuera de lo que esperamos, la abolición de las alcaldías mayores de Chiapas en 1790, no permitió en general el retorno del indígena al cultivo de subsistencia. En cambio, el contrabando a gran escala en América Central creó nuevas demandas de productos de la región como tintes y otros. Respondiendo a estas demandas, los terratenientes locales expandieron sus plantaciones existentes y, liberados de las restricciones que los celosos alcaldes les habían impuesto, fundaron nuevas plantaciones en el valle superior del río Grijalva. Sin embargo, necesitaban de mano de obra que los indígenas de tierra baja no podían cubrir del todo. Como resultado, comenzaron a reclutar indígenas tzotziles y tzeltales del sur de las tierras altas (Zinacantán, San Lucas, Totolapa, Teopisca) para trabajar en sus propiedades como peones y laboríos. Debido a que los requerimientos del tributo continuaban demasiado altos, muchos de estos indígenas accedieron a su nuevo destino con resignación. Otros, principalmente los zinacantecos, aceptaron mercancías en consignación de comercian-

<sup>5</sup> *Archivo General del Estado*, Boletín 6, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1956, pp. 27-8.

<sup>6</sup> J. ERIC S. THOMPSON, *op. cit.*, p. 148

tes de Ciudad Real. Utilizando su sentido y sus mulas, estos indígenas viajaron a lugares tan distantes como Oaxaca y Tabasco, en busca de clientes para sus productos. En ambos casos, tales arreglos persistieron y sin duda, predominaron entre la gente indígena hasta fines del siglo XIX.

En resumen, observamos que, a diferencia de los indígenas de Oaxaca, quienes, según William Taylor “eran todavía agricultores autosuficientes en vísperas de la independencia”, en 1821 esta gente había abandonado su economía tradicional y sus ocupaciones agrícolas.<sup>7</sup> Claro está que algunas familias individuales o grupos de familias a duras penas se ganaron la vida con sus pequeñas milpas. Paradójicamente, durante el siglo XVII y XVIII, la tierra no constituyó una causa seria de preocupación entre los indígenas. Sólo en unos cuantos valles de las tierras altas (Ixtapa, Zinacantán, Teopisca y Ocosingo) se vieron despojados de su patrimonio ancestral. En cambio estos nativos se encontraron obligados —por la doble aflicción de aranceles eclesiásticos y tributos— a cultivar un pequeño número de cultivos comerciales, a tejer ropa de algodón o trabajar como cargadores. Por medio de estos modelos, los gobernadores provinciales organizaban y movilizaban una extensa mano de obra nativa, mano de obra que producía sustanciosas regalías económicas. De manera increíble, trazaron este sistema de producción y distribución sin haber comprado una sola *vara* de tierra o bestia de carga. Tierra y animales permanecían en manos de los indígenas: ellos formaban el capital que cada año la gente nativa acrecentaba y regeneraba.

### III. Segunda Etapa: 1821-1910.

Exactamente 200 años después del viaje de Gage, otro visitante extranjero, John L. Stephens, infatigable cronista del pasado maya, llegó a Comitán. Después de permanecer unos cuantos días con su paisano, el Dr. James McKinney (o Don Santiago Maquene, como era llamado), Stephens partió hacia su destino, el alejado lugar arqueológico de Palenque. “La primera tarde,” escribió:

Paramos en la hacienda de Sotaná, que pertenece a un cuñado de Don Santiago, situada en un plácido y adorable valle, con

<sup>7</sup> WILLIAM B. TAYLOR, *Landlord and peasant in colonial Oaxaca*, Stanford, California, 1972, p. 107.

una capilla anexa y una campana que por las tardes llama a los trabajadores indígenas, mujeres y niños, para las oraciones vespertinas. Al día siguiente, en la morada del padre Solís, un cura viejo y rico, de talla corta y sobrado de carnes, habitando una lujosa y vieja hacienda, cenamos en vajilla de plata sólida, bebimos en copas de plata y nos lavamos en una vasija de plata.<sup>8</sup>

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que las prerrogativas de tal esplendor y lujo pertenecían a los criollos y gachupines de Chiapas. Viviendo en la suciedad y muy cerca de la miseria, muchos otros hombres y mujeres mestizos a duras penas soportaban su existencia en pequeños ranchos y cultivos. A corta distancia de Ocosingo, por ejemplo, Stephens visitó uno de estos lugares y declaró que de hecho era “una pequeña choza hecha de varas y cubierta con barro.” Finalmente, anotó el estado de los indígenas, más pobre y más desesperado aún que el de los mestizos rurales que luchaban tan sólo por sobrevivir. “Por todas partes —concluye Stephens— sobre alturas montañosas y barrancos casi inaccesibles tienen sus milpas...”<sup>9</sup>

Por esta descripción, nos damos cuenta de que la Independencia de España no alteró las condiciones de vida del indígena de Chiapas. Al contrario, por el tiempo que Stephens realizaba este viaje a Palenque, la provincia había experimentado la independencia y la anexión a México, el imperio y la república, el federalismo y el centralismo, sin modificar el orden social establecido por la dominación criolla. En contraste con el anticlericalismo que prevalecía en todo México, por ejemplo, los federalistas de Chiapas votaron unánimemente por mantener la religión católica “sin tolerancia de ninguna otra”. Por este motivo, antes de 1856, los criollos del área giraron su atención hacia un problema muy distinto: la enajenación de las tierras indígenas. Comenzando en 1826 y después en 1827, 1828 y 1832, el Gobierno del Estado, arruinado y desorganizado, apremió a los terratenientes para que «denunciaran» y adquirieran los títulos de ejidos nativos y terrenos baldíos. De esta manera, los oficiales públicos esperaban encontrar los impuestos y contribuciones que las autoridades nacionales les imponían constantemente. Hasta 1844, sus sueños permanecieron irrealizados e irrealizables: los presuntos hacendados, incapaces de “medir y demarcar” como debían estos te-

<sup>8</sup> JOHN L. STEPHENS, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, New York, 1969 (orig. 1841). Tomo II, p. 255.

<sup>9</sup> JOHN L. STEPHENS, *op. cit.*, p. 68.

renos, no podían cumplir con las leyes. Sin embargo, después de esta fecha los procedimientos para el levantamiento fueron simplificados hasta que todos (esto es, todos con los contactos políticos correctos) pudieron adquirir títulos válidos de tales tierras. Tan exitosas fueron estas medidas que, nueve años más tarde, el propio administrador de Santa Anna en Chiapas, Fernando Nicolás Maldonado, conservador notable, rehusó privar a los oponentes liberales de sus nuevas propiedades.<sup>10</sup>

Ahora vamos a considerar la manera en que estos sucesos, junto con la Ley Lerdo y la Ley Juárez de 1856 y 1857, modificaron el orden económico del área. En 1819, el cura de Zinacantán había lamentándose de que los terratenientes ladinos en Chiapa, Acala y Chiapilla, habían enganchado indígenas de su parroquia para trabajar como mozos y baldíos. Diez años más tarde, de acuerdo con el sacerdote que por entonces vivía en Zinacantán, el municipio había perdido 400 más habitantes. Durante este mismo periodo, el número de laboríos residentes en Acala y Chiapilla se elevó de 90 a 300. Al mismo tiempo, se fundaron siete fincas en Totolapa y San Lucas, un suceso que impulsó el hecho de que la población de esos pueblos, casi desiertos, se duplicara. Pero estos sucesos tan sorprendentes como pudieran en principio parecer, marcaron tan sólo la etapa de una serie de cambios demográficos mucho más dramáticos. Hasta 1838, el número de fincas dentro del valle más bajo del Grijalva, se elevó de cerca de 25 a 41. Más adelante, hacia el sureste, esta situación se incrementó de alrededor de 50 a 167.<sup>11</sup> Espoleados por la ley de la tierra de principios de 1844 y más tarde por el desarrollo de nuevos cultivos, los finqueros ladinos titularon virtualmente el valle entero. Y cuando esta tarea hubo sido finalizada, se movieron hacia los extensos y secos planos al este y noreste. A fines del porfiriato, en consecuencia, esta área contaba con 1 585 fincas rústicas, una cuarta parte del número total de propiedades rurales en el Estado.<sup>12</sup>

Debemos preguntarnos ¿cuáles fueron las causas de que la agricultura en el valle del Grijalva se extendiera tan rápidamente durante el siglo XIX y particularmente después de 1856? Al principio, la ganadería y ranchería combinadas con pequeñas producciones de

<sup>10</sup> MANUEL B. TRENS, *Historia de Chiapas*, México, D. F., 1957, pp. 550-1.

<sup>11</sup> E. PINEDA, "Descripción geográfica... de Chiapas", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, D. F., 1852.

<sup>12</sup> *Archivo Estadístico del Estado de Chiapas*, Boletín, Año 1909, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1911, p. 52.

azúcar sostuvieron la economía de la región y proveyeron el capital que los comerciantes locales utilizaban para el contrabando. De manera significativa, de acuerdo con Stephens, después de la Independencia, mucho de este comercio ilícito fue redirigido de Villahermosa a Comitán.<sup>13</sup> Al paso del siglo, la composición de las actividades agrícolas en la cuenca del Grijalva comenzó a cambiar. El incremento de la demanda internacional de azúcar apremió a muchos terratenientes a extender sus plantíos de este cultivo. En 1901, se produjeron alrededor de 1 000 toneladas de caña de azúcar (con un rendimiento de 11.5 ton. de azúcar semirefinada y 1 000 hectolitros de aguardiente) en la Chiapas central. Sin embargo, no fue la industria azucarera la que eventualmente transformó esta área en un próspero y desarrollado centro agrícola. Por el contrario, después de 1875, los hacendados locales dirigieron su atención a una más lucrativa aventura: la producción de algodón. Como sabemos, este producto, tanto como la caña de azúcar, había sido cultivado en el valle desde siglos y había formado el soporte del comercio colonial. Pero ahora los mercados internacionales, no los codiciosos oficiales reales, determinaron los precios y niveles de demanda. Asimismo, el añil, que un siglo antes se podía encontrar únicamente cerca de la costa del Pacífico y a lo largo de la frontera de Tabasco, disfrutó de una renovada popularidad entre los agricultores locales. Y, finalmente, el 46% de la superficie del valle continuó a soportar grandes hatos de ganado.<sup>14</sup>

Por consiguiente, debemos entender las formas por las cuales las plantaciones agrícolas en el valle del Grijalva ejercieron su destructiva influencia aun sobre aquellos indígenas de las tierras altas quienes, como muchos zinacantecos, rehusaron abandonar sus caseríos. Todos estos valiosos artículos (46 000 hectolitros de aguardiente, 1 315 toneladas de algodón, 346 toneladas de arroz, 412 toneladas de azúcar, 8 602 toneladas de café, 560 toneladas de cacao) tuvieron que ser transportados a lomo de mula o sobre la espalda de los hombres. Miles de cargadores nativos y guías de mulas —un poco más libres quizás que en tiempos coloniales, pero todavía lejos de la libertad— y decenas de miles de caballos, mulas, carretas y bueyes, recorrieron el Estado. En 1830, por ejemplo, el cura de Zinacantán había observado funestamente que muchos de sus parroquianos pasaban su vida en viajes incesantes entre San Cristóbal y Tabasco

<sup>13</sup> JOHN L. STEPHENS, *op. cit.*, pp. 252-3.

<sup>14</sup> *Archivo Estadístico del Estado de Chiapas*, *op. cit.*, p. 52.

“de donde vuelven en general sólo para morir.”<sup>15</sup> En 1876, según Flavio Paniagua, una enorme proporción de la población indígena del Estado —particularmente los tzotziles y zoques que vivían al oeste de las tierras altas— minaron su energía en tales actividades.<sup>16</sup> Y finalmente, 30 años más tarde, como nos dice Enrique Santibáñez, aún los mestizos de Chiapa, artesanos por tradición, habían abandonado su oficio para convertirse en vendedores ambulantes.<sup>17</sup>

Bajo estas circunstancias, no es sorprendente que la estructura y organización internas de Zinacantán, ya profundamente alteradas en 1819, tuvieran que experimentar de nuevo una transformación completa. Al trabajar como arrieros y comerciantes, muchos Zinacantecos dejaron de trabajar sus disminuidas tierras. Por el contrario, como Chiapa de Corzo asumió un papel importante en el comercio regional, comenzaron a recolonizar muchas áreas (como el valle de Salinas) que fueron abandonadas a fines del siglo XVIII.<sup>18</sup> De esta manera esperaban ganar acceso directo a la carretera principal de la Chiapas central, carretera que corría desde Chiapa, a través de Zinacantán, hasta San Cristóbal. En 1850, por ejemplo, los comerciantes nativos habían reocupado el villorrio de Atz'ma, caserío que había sido abandonado por sus habitantes 50 años antes para situarse en otras áreas. En unos cuantos años, también estos hombres habían elaborado un sistema de viajes y comercio que les proporcionaba no sólo un cierto grado de prosperidad económica, sino también una cierta autonomía en cuanto a los tratos municipales. Después de comprar sal en el cercano municipio de Ixtapa, viajaban a través de la región montañosa llegando a lugares tan alejados como Yalalón y Guaquitepec, al noreste del Estado. Ahí, cambiaban sus artículos por mercancías locales, tales como café, cacahuete y naranjas. De regreso a San Cristóbal, estas cargas eran entregadas a los comerciantes ladinos. Entonces, utilizando sus ganancias, compraban una segunda carga, esta vez de trigo o pan (de acuerdo con San-

<sup>15</sup> FRANCISCO OROZCO Y JIMÉNEZ, *Colección de documentos inéditos relativos a la Iglesia de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1911, Tomo II, p. 127.

<sup>16</sup> FLAVIO A. PANIAGUA, *Catecismo elemental de historia estadística de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1876, *passim*.

<sup>17</sup> ENRIQUE SANTIBÁÑEZ, *Geografía regional de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1907, p. 60.

<sup>18</sup> Cf. ROBERT F. WASSERSTROM, “Sobre reducir a poblado los oriundos de la zona de Zinacantán que viven dispersos por los montes, año 1819”, en *Boletín del Centro de Estudios de Cultura Maya*, Cuernavaca, México (apareció a fines de 1975).

tibáñez, en 1907 la producción de trigo en el Departamento de Las Casas había alcanzado 517 toneladas, “todo el trigo que se consume en el Estado”) para ser vendido en Chiapa. De hecho, tal éxito tuvieron estos hombres en su empeño que dos nuevos asentamientos zinacantecos, Petztoj y Saklum, pronto crecieron a corta distancia de Atz'am.

Entre 1821 y 1910 pues, la vida en Zinacantán, respondiendo a normas políticas y económicas liberales, sufrió modificaciones dramáticas y fundamentales. Con un propósito intencionado, tales normas hicieron a un lado esa arcaica división de trabajo que los gobernadores reales habían impuesto previamente a las comunidades nativas. En su lugar, un nuevo modo de producción, basado en la inversión de capital y en la propiedad privada, transformó gradualmente las relaciones sociales en el área. Al final, en las tierras bajas de Chiapas, este modo de producción dio nacimiento a un nuevo grupo social, grupo que incluía tanto a gentes de razas mezcladas como a los de reciente extracción indígena. Considerando que, en 1778, estos mestizos habían formado sólo una muy pequeña fracción de la población de la región, un siglo después se habían convertido en el tipo predominante entre los campesinos de Chiapas.<sup>19</sup> Sin embargo, a diferencia de los agricultores de subsistencia, esto es, hombres que poseían al menos la tierra suficiente para producir su propio alimento, retenían una propiedad paupérrima o negligible. Bajo estas circunstancias, como sabemos, se vieron obligados a vender su fuerza de trabajo a los hacendados locales a cambio de pequeñas milpas.

En las tierras altas también, los ideólogos liberales y finqueros transformaron las castas coloniales en clases sociales. Este cambio se llevó a cabo no por la importación de peones procedentes de otros lugares, sino convirtiendo a los habitantes locales en *baldíos*, esto es, en siervos no acasillados que trabajaban en la finca ajena por el uso de sus propias tierras. Tan exitosos fueron los esfuerzos ladinos que, de hecho, aun aquellos pocos indígenas que no estaban enteramente desposeídos se vieron obligados a trabajar, por lo menos parte del año, como aparceros o proporcionando mano de obra temporal en las plantaciones. Mientras retenían el poder de manipular tierra y trabajo, los terratenientes ladinos utilizaron tales arreglos principalmente para complementar su fuerza residente de mozos y baldíos. Como veremos, en los años que siguieron a 1915, los hacendados co-

<sup>19</sup> OROZCO Y JIMÉNEZ, *op. cit.*, pp. 73-78.

menzaron a depender más y más de los aparceros nativos y jornaleros para reemplazar a los peones no cooperativos y rebeldes. Y finalmente, algunos indígenas, un pequeño número, se dedicaron a la guía de mulas y al comercio. Dueños de sus animales, en posesión de un pequeño capital, estos hombres constituyeron una clase incipiente de comerciantes en pequeño cuyos límites reflejaban el curso irregular del crecimiento económico de la región.

#### IV. Tercera Etapa: 1910-1975.

En septiembre 14, de 1914, noventa años después de la incorporación de Chiapas a la República Mexicana, el General Jesús Agustín Castro asumió el control de los negocios públicos del Estado. Siguiendo las órdenes de su superior, Don Venustiano Carranza, su llegada era para asegurar la región contra los conspiradores antigobiernistas. Durante las semanas siguientes desplegó cuidadosamente su 21ª División en guarniciones diseminadas desde Palenque hasta el Soconusco. Habiendo cumplido esta misión, en Octubre de 1914, el General Castro promulgó una nueva Ley de Obreros, medida amplia que abolía la servidumbre obligatoria y establecía un salario mínimo por día. De allí en adelante, recorriendo los campos, sus soldados hicieron volver a muchos trabajadores de las haciendas a sus caseríos nativos —a culatazos si no lo aceptaban voluntariamente. Ultrajados y horrorizados, los finqueros de Chiapas no vacilaron en reaccionar. Un mes después, en el rico campo ganadero y algodonerero al sureste de Chiapa de Corzo, varios hacendados prominentes elevaron el estandarte de la rebelión armada. En unas cuantas semanas fueron apoyados por los hacendados de Comitán, quienes durante los cinco años siguientes controlaron la frontera internacional del Estado. Y finalmente, hacia fines de 1916, Alberto Pineda, miembro de una respetable familia de San Cristóbal, organizó su Brigada Las Casas, que hasta 1920 arrasó las guarniciones Federales de Ocosingo a Palenque.<sup>20</sup>

Como muchos municipios del sur de las tierras altas, Zinacantán dio la bienvenida a sus hijos pródigos con una mezcla de emociones. Desde luego, muchos zinacantecos contemplaron la Ley de Obreros de Castro como un acto providencial. Pero otros indígenas com-

<sup>20</sup> Cf. JOSÉ CASAHONDA CASTILLO, *50 años de revolución en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, 1974, pp. 43-77.

prendieron con rapidez que estos recién llegados constituían una grave y casi intolerable casta sobre los recursos de la comunidad todavía frágiles. ¿Dónde, se preguntaban, vivirían los baldíos? ¿Dónde construirían sus casas? ¿quién les daría tierra? Por supuesto que en algunos parajes estos antiguos trabajadores de finca pronto destruyeron sus casas sobre colinas inhabitadas o sobre parcelas desocupadas. Asimismo, de acuerdo con el antropólogo George Collier, en el paraje de Apas por lo menos, muchos de estos hombres también compraron pequeñas cantidades de tierra que a despecho de las leyes agrarias del siglo XIX habían permanecido en manos de zinacantecos.<sup>21</sup> Sin embargo, la mayoría de los residentes de las tierras altas (cuya subsistencia dependía menos de la tenencia de la tierra que de sus relaciones con comerciantes ladinos o de su cercanía con las fincas), simplemente no podían acomodar a estos inmigrantes. Sin tierras de cultivo adicionales, los mozos zinacantecos permanecieron desposeídos y sin empleo. Durante los veinte años siguientes, mientras que los indígenas luchaban por obtener tales tierras, los finqueros ladinos establecieron nuevos y eficaces sistemas de servidumbre.

Una vez establecidos estos hechos, debemos girar nuestra atención hacia un estudio de esos vínculos que unían la agricultura comercial y el uso de la tierra nativa durante los años que siguieron a 1920. Entre 1925 y 1930, esperando aumentar sus cosechas, los finqueros de Chiapas sembraron maíz en cerca de 10 000 hectáreas adicionales que incluían campos relativamente fértiles donde anteriormente se daban el algodón, la caña de azúcar y el añil.<sup>22</sup> Al mismo tiempo el número de sus cabezas de ganado se extendió de manera impresionante. Con el propósito de incrementar la productividad, estos agricultores se dieron cuenta de que eran necesarias la limpia y la siembra de grandes cantidades de monte virgen, tierras marginales que ellos habían rechazado con anterioridad. En cuanto a los campos más viejos, es decir, los campos utilizados por tres o cuatro años, se les debería permitir que recobraran su fertilidad o que fueran utilizados como pastizales. Entre 1930 y 1950 estos agricultores permitieron que los indígenas arrendatarios —zinacantecos que viajaban con regularidad entre los parajes de tierras altas y las

<sup>21</sup> GEORGE A. COLLIER, *Land inheritance and land use in a modern maya community*, tesis de doctorado, Harvard University, 1968.

<sup>22</sup> JORGE A. VIVÓ ESCOTO, *Estudio de geografía económica y demográfica de Chiapas*, México, 1965, p. 51.

plantaciones de tierra baja— prepararan y cultivaran extensiones de bosque inexplorado. Más adelante, estos finqueros permanecieron imperturbables cuando, a fines de los años 30, la producción de maíz decaía nuevamente. Por el contrario, puede que ellos deliberadamente hubieran usado excesivamente ciertas áreas —una política que convertía las milpas marginales en planos cubiertos de hierba. De 1950 en adelante, estos hombres controlaron el 15% del mercado de maíz y ganadero del Estado.

CUADRO 1

Variaciones censales en los parajes de Zinacantán,  
1910-1960

(incremento porcentual)

Lugar*	Periodo censal		
	1910-1940**	1940-1950	1950-1960
Municipio	76	39	22
Cabecera	34	51	30
Elan Vo'	64	106	8.1
Pat Osil	76	-4.5	36
Apas	285	28	47
Na Chij	-12	54	224
Nabenchauk	60***	36	8
Paste'	—	211	200
Sek'emtik	695	32	-23****
Atz'am (Salinas)	149	43	25

\* Nombre tzotzil, excluyendo el caso de la cabecera.

\*\* Se omiten los censos de 1921 y 1930 por tener grandes errores.

\*\*\* Probablemente menor que la realidad

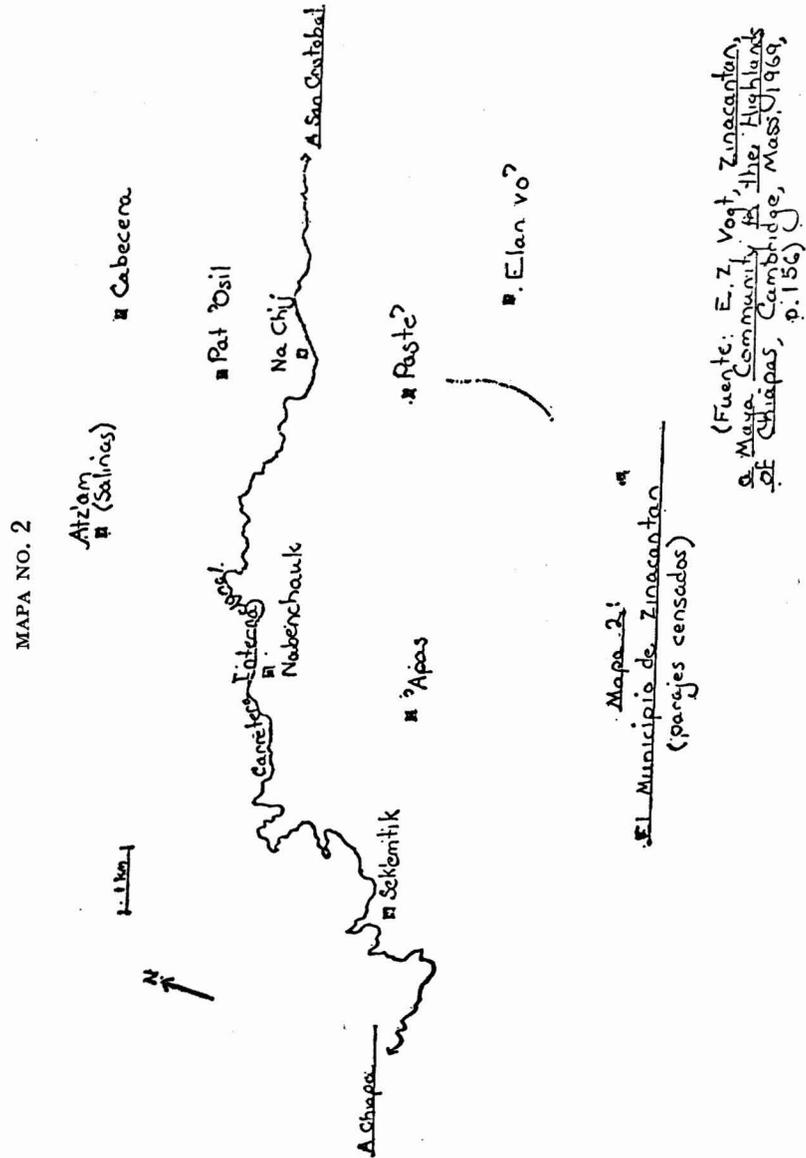
\*\*\*\* Redefinición del área censada.

Debemos preguntarnos: ¿de qué manera, este nuevo sistema de producción agrícola modificó la vida y estructura internas de Zinacantán? Como lo muestra el cuadro 1, entre 1900 y 1940, la población de Zinacantán dio movimiento a un dramático proceso de redis-

tribución. El rápido crecimiento de parajes tales como Sek'emtik y Apas reflejó sin duda el gran número de trabajadores baldíos establecidos ahí. Apremiados por la escasez de tierras en el municipio, muchos zinacantecos que retornaron prefirieron construir sus hogares en aldeas que dominaban la cuenca del Grijalva y no en áreas más inhabitadas como la cabecera y Nachij. (Ver mapa No. 2) A diferencia del crecimiento general del municipio, aquellos parajes que permanecieron apartados de las tierras bajas mostraron una marcada tendencia hacia el descenso de la población. Mucho más importante fue que muchos zinacantecos que con anterioridad se ocupaban en la venta y el trueque comenzaron a rentar pequeñas parcelas en el monte de la tierra baja. Para muchos hombres, la transición de la venta al cultivo ocurrió en forma gradual y con titubeos considerables. De hecho, entre los indígenas tanto como entre los terratenientes ladinos, los años 20 y principios de los 30 quizás pudieran ser mejor vistos como un periodo de experimentación en el cual los zinacantecos ensayaron la renta de la tierra baja. Por esta razón, prefirieron sembrar en un principio sólo una o a lo más dos hectáreas de milpa y mantener sus actividades como *marchantes*. Sin embargo, a principios de los años 40, sólo los hombres jóvenes se ocupaban todavía principalmente como vendedores. Tan luego como adquirían una mula y un poco de experiencia, ellos también rentaban tierra en la tierra caliente.

Como debemos esperar, el movimiento de reforma agraria en Chiapas hizo muy poco para alterar o mitigar esta situación. En abril 6 de 1940, las autoridades agrarias federales aprobaron las peticiones de Zinacantán concernientes a la posesión de fincas privadas. Según Matthew Edel, este suceso marcó el punto intermedio en una larga y difícil lucha, una lucha que desde 1925 había enterrado a un gran número de zinacantecos contra los hacendados locales<sup>23</sup> Como muchos agraristas de todo el país, los ejidatarios zinacantecos ganaron finalmente su dotación sólo después de haberse armado y haber ocupado las tierras en cuestión. Aun así, esperaron 17 años más hasta que el Presidente Ruiz Cortines confirmó sus derechos para la posesión de estos campos. Mientras tanto, procuraron vigorosamente la aprobación de un proyecto para extender y expandir sus demandas más allá de esos límites modestos que los agrimensores oficiales esta-

<sup>23</sup> MATTHEW EDEL, "El ejido en Zinacantán", en E. Z. Vogt, comp., *Los Zinacantecos*, México, D. F., 1966.



blecieron originalmente. En 1944, por ejemplo, el delegado agrario del Estado reportó a sus superiores que el otorgamiento provisional de Zinacantán excluía una gran proporción de las tierras que los residentes municipales habían reclamado —todo en vano. Más adelante, como era de sospechar, utilizando el cohecho y las presiones políticas, los terratenientes ladinos retuvieron no solamente sus mejores tierras agrícolas, sino también con frecuencia el control de las existencias de agua locales. Como resultado, el 60% del otorgamiento final del ejido de Zinacantán consistió de bosques escabrosos y colinas escarpadas, mientras que sólo el 40% abarcaron tierras de temporal. También el crecimiento de la población menoscabó los escasos beneficios que la reforma agraria había prometido. A partir de 1960, muchos ejidatarios nativos se dieron cuenta de que su victoria sobre los hacendados y burócratas, una victoria en la cual habían invertido incontable tiempo y dinero, había rendido pequeños frutos.

Habiendo fallado en la resolución de sus dificultades económicas a través de la reforma agraria, los cultivadores zinacantecos aumentaron su dependencia de los hacendados ladinos en la tierra caliente. Según Collier, por ejemplo, en los años que siguieron a 1941, los hombres de Apas produjeron entre 3.36 y 5.14 fanegas de maíz en sus propios campos —cantidades que representaban únicamente la mitad de sus necesidades de subsistencia.<sup>24</sup> Como resultado, tanto ellos como los demás zinacantecos buscaban garantizar su acceso a tierras ociosas fuera del municipio, un acceso que ellos demandaron por medio de dos diferentes pero interrelacionados cursos de acción. Por una parte, muchos de ellos establecieron arreglos semi-fijos de arrendamiento con relativamente grandes hacendados, esto es, con aquellos finqueros que prometían rentarles monte virgen cada dos o tres años. En algunos casos, estas relaciones finalizaban a los 25 o 30 años. Por otro lado, los zinacantecos que no disfrutaban de tales relaciones erraban incesantemente de una finca a otra. De este modo esperaban encontrar tierras apropiadas que utilizaban por cortos periodos. Al principio redujeron su búsqueda hacia aquellas áreas que fácilmente podían ser alcanzadas por mulas, pero después de 1957, la carretera Panamericana y la abundancia de caminos secundarios que pronto dieron aumento, les permitió explorar nuevos territorios. Viajando en pick-ups y camiones de carga, penetraron fácilmente en los municipios más alejados de Venustiano Carranza, Socoltenango,

<sup>24</sup> GEORGE COLLIER, *op. cit.*, p. 85.

La Concordia y Villa Flores, municipios de que en décadas anteriores habían permanecido excluidos.<sup>25</sup>

¿Por qué estos hombres dieron la espalda a sus viejos patrones de trabajo y abandonaron sus bien establecidas zonas de operación? Para responder a esta pregunta deberemos hacer un buen examen de la conducta de los arrendatarios de dos parajes fuertemente relacionados: Na Chij y Elan Vo. Atraídos por la carretera Panamericana que estaba casi a la mano, los hombres de parajes más aislados contraían matrimonio con las hijas de familias de Na Chij. Como resultado las demandas de la ya disminuida cantidad de monte de la tierra baja a la cual los hombres de Na Chij mantenían acceso se hicieron más fuertes. A diferencia de sus vecinos en Elan Vo, que se localizaban a varios kilómetros de la carretera, estos hombres comenzaron a rentar tierra en distantes fincas de la tierra baja. Tanto éxito tuvieron en la localización de nuevos campos que, de hecho, en 1973, el 80% de los aparceros de Na Chij poseía milpas en esas áreas. Contrario a lo que esperaban, sin embargo, pronto se vieron involucrados en un sistema de relaciones económicas muy difícil y complejo. Aunque al principio sus campos fueron altamente productivos, en siete años sus rendimientos se habían venido abajo en un 30%. Al mismo tiempo varios finqueros, dándose cuenta de que las buenas tierras comenzaban de nuevo a escasear, aumentaron sus rentas a tres fanegas por hectárea. Como resultado, los indígenas arrendatarios pagaban a los hacendados entre 33 y 38% de sus cosechas. Con objeto de compensar tales costos y de incrementar su productividad, decidieron cultivar enormes milpas. De este modo, donde antes de 1966 la mayor parte de los arrendatarios de Na Chij habían sembrado sólo 2.5 hectáreas, siete años más tarde, esto se había elevado a 5.0 hectáreas. Paradójicamente tales estrategias los obligaron a emplear otros indígenas como jornaleros. También entonces, los camioneros privados, ansiosos por aumentar sus ganancias, doblaron las tarifas de transporte de carga y pasajeros. Por consiguiente en 1973, a pesar de que los arrendatarios de Na Chij cultivaban el doble de la tierra que habían cultivado en 1966, sus ganancias permanecían virtualmente sin cambio.

No es sorprendente que los hombres de Na Chij volvieran a usar un artículo que casi habían abandonado: los herbicidas comerciales. Mientras que estos hombres todavía cultivaban dentro de las zonas

<sup>25</sup> Véase FRANK CANCIAN, *Change and uncertainty in a peasant economy*, Stanford, California, 1972.

tradicionales de operación, tenían pocos incentivos para utilizar estos productos. Sin embargo, en 1973, vieron renovada una fuerte competencia por sus campos de tierra baja, competencia que ellos no habían previsto ni anticipado. Tres años antes, los gobiernos del Estado y Federal, ansiosos por modernizar las tierras marginales de Chiapas, habían redoblado sus esfuerzos para expandir la infraestructura de la región. En 1972, las dependencias oficiales habían construido 113 kms. de nuevas carreteras que cubrían principalmente Chamula y Chenalhó. Antes de convertirse en jornaleros, como lo habían hecho en el pasado, los hombres de estas áreas también rentaron sus milpas en tierra baja. Con el fin de proteger sus medios de vida, los aparceros zinacantecos comenzaron entonces, de nueva cuenta, a explorar nuevos terrenos de bosque virgen. En 1974, cultivaban en fincas tan lejanas al sureste como el municipio de Comitán. En avance progresivo llegaron un año más tarde a la frontera de Guatemala. Naturalmente que no esperaban pagar los costos prohibitivos del transporte y las altas tarifas que tales operaciones generaban. Por el contrario, después de limpiar enormes extensiones de tierra, despedían a sus trabajadores durante la duración de la época de crecimiento. Más adelante aplicaban herbicidas químicos a sus terrenos. Por supuesto que de esta manera transformaron el monte virgen en tierras de pastura en una proporción sin precedente para deleite de los rancheros ladinos.

Lo irónico es que pueden haber sido los Almacenes Nacionales de Depósito, junto con las nuevas carreteras, los que crearon esta situación. En 1966, por ejemplo, un antropólogo, Frank Cancian, observó que estos centros "proporcionan bases estables para el mercado de maíz, disminuyendo el riesgo que experimentaban los camioneros y otros compradores privados en el campo."<sup>26</sup> Naturalmente que muchos arrendatarios zinacantecos, en especial aquellos que cultivaban grandes cantidades de maíz, prefirieron vender parte de su cosecha directamente a los ANDSA. Como resultado, abatieron sus costos de transporte en forma substancial y conseguían el dinero en efectivo para enviar su maíz no vendido a los Altos. Además, Cancian declaró que estos centros pagaban \$880.00 netos por tonelada métrica, un precio favorable comparado con el precio del maíz en los mercados locales. Por contraste, otros indígenas, aquellos que cultivaban pequeños terrenos, eludieron tales agencias. Como sus opulentos vecinos, estos hombres también necesitaban de dinero en

<sup>26</sup> FRANK CANCIAN, *op. cit.*, p. 85.

efectivo para pagar transportación. Sin embargo, con frecuencia no poseían los medios para vender su maíz a los ANDSA, procedimiento que requería tiempo y dinero. En cambio, vendían sus excedentes con un 10% de descuento a transportistas privados, quienes compraban maíz en el campo y lo revendían a los almacenes del gobierno. De forma similar, los finqueros de tierra baja pronto se dieron cuenta de que obtendrían ganancias considerables con la simple renta de que alentarían a los arrendatarios indígenas cultivaban. Por esta razón, alentaron a los arrendatarios nativos con el objeto de que sembraran milpas aún más grandes y contratar un número de jornaleros más grande. Y por supuesto, a más trabajadores contratados por estos arrendatarios, más dinero en efectivo necesitaban. Por medio de este aparato, los finqueros y camioneros privados incrementaron en consecuencia su participación en las cosechas de los zinacantecos hasta que en 1973, aquellos demandaban el 44% de los cultivos de sus arrendatarios.

Resumiendo, el desarrollo de la agricultura comercial a lo largo de todo Chiapas, después de 1920, lejos de permitir el aislamiento de las comunidades de los Altos, redistribuyó la vida económica nativa. Como sabemos, en un principio muchos zinacantecos, hombres que anteriormente habían rentado pequeñas tierras de subsistencia en el valle más bajo del Grijalva, se vieron obligados a cultivar cada vez más grandes extensiones. Al hacer esto, no esperaban incrementar su participación y fortuna, como en general se ha creído, sino mantener su decadente estandar de vida. Como resultado, muchos de estos hombres no obtuvieron las retribuciones que aún los arrendatarios esperaban. En cambio, elevando sus medios de vida, emplearon y organizaron a otros indígenas empobrecidos que les limpiaban y cultivaban el monte marginal de la tierra baja. Por sus servicios, que rendían beneficios incalculables a los finqueros sin mano de obra, retenían una pequeña porción de sus cosechas, que significaba un 20 a 35%. Por supuesto, este sistema reflejó no la pobreza de la tecnología indígena, sino su relativamente alta productividad. Con objeto de pagar los costos de trabajo, renta y transporte, muchos zinacantecos produjeron aproximadamente el triple de sus propios requerimientos de subsistencia. Además, estas relaciones tan injustas como desiguales dependieron en gran parte de las dependencias oficiales tales como ANDSA y CONASUPO. Más recientemente, los transportistas privados y los terratenientes ladinos han utilizado las políticas de apoyo y crédito gubernamentales para adquirir un control aún más grande de las cosechas zinacantecas. A raíz de eso, son

estos hombres, indígenas y no indígenas, quienes al presente dominan la actividad agrícola del municipio y regulan sus relaciones con la economía nacional y regional.

## V. Conclusiones.

¿De qué manera aclara esta discusión la naturaleza de las clases sociales y de los cambios sociales en el sureste de México? ¿Puede que nosotros, por ejemplo, siguiendo a Roger Bartra, miremos a la agricultura campesina de Chiapas como una economía mercantil simple, es decir, como un modo de producción esencialmente no capitalista?<sup>27</sup> Después de todo, como Bartra mismo pudiera observar, los zinacantecos poseen solamente una fracción de las 14 hectáreas de tierra que, como campesinos autosuficientes, requerirían. De hecho, como hemos visto, las actividades de subsistencia zinacantecas se desarrollan ahora dentro de una estructura agraria en que los arrendatarios indígenas, al igual que sus jornaleros, actúan principalmente como trabajadores rurales. No es el intercambio desigual de mercancías, pues, ni la forma injusta de la tenencia de la tierra, los que crean la plusvalía que, en manos ladinas, se transforma después en capital. Al contrario, son las relaciones de trabajo, o como decía Marx, las relaciones sociales de la producción, las que determinan en qué condiciones los indios de Chiapas cultivan y venden sus productos. Al hacer esto, sostienen y facilitan una agricultura mestiza que permanece inflexible y subdesarrollada. Y finalmente, estas relaciones no trazan sus orígenes a un supuesto conflicto entre dos modos de producción distintos, como con frecuencia se ha sugerido.<sup>28</sup> No: como buena parte de la cultura autóctona actual, sus antecedentes se hallan en un largo proceso de *penetración* social, política y económica, un proceso llevado a cabo desde hace 450 años por los elementos más avanzados de la economía regional.

Encarados con esta situación, muchos indígenas tzotziles y tzeltales han decidido cultivar frutas, vegetales y flores en sus pequeñas parcelas de los Altos. Particularmente en Chamula, donde sólo unas cuantas milpas exceden de 0.2 hectáreas, han abandonado la agri-

<sup>27</sup> Véase ROGER BARTRA, et. al., *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, 1975; ROGER BARTRA, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, D. F., 1974.

<sup>28</sup> Véase RODOLFO STAVENHAGEN, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, D. F., 1971 (orig. 1969).

cultura de subsistencia en favor de una horticultura comercial en pequeña escala. Por este medio, esperan reducir su dependencia del trabajo asalariado, una actividad que de manera corriente engancha un 80% de la población del municipio. De manera semejante, con cerca de 30 años como arrendatarios de tierra baja, numerosos zinacantecos han regresado recientemente al comercio. Ahora no solamente cultivan frutas y flores, sino que, como en los años 20, también compran algunas mercancías de otros indígenas de los Altos, para su reventa a lo largo del Estado. Sin embargo, a pesar de estas actividades, ellos no han podido transformar las condiciones de dependencia en la que viven. Mientras que estas actividades estén subordinadas a las políticas de inversión y producción de los finqueros, banqueros y funcionarios locales, tales cambios siempre serán efímeros o irrealizables. Si las injusticias y desigualdades que caracterizan tales condiciones van a ser resueltas, es nuestro sistema económico en consecuencia y no la herencia cultural de los indígenas contemporáneos lo que debe cambiar o modificarse.

**SUMMARY:** Short description about how tzotziles and tzeltales Indians groups were integrated to capitalism, by selling their labor force through different ways resulting in unjust and unequal. This situation can not be modified by changes in Indian cultural legacy, but by transforming the predominant economic system.

**RÉSUMÉ:** Récit historique sur l'incorporation des indiens *tzotziles et tzeltales* au capitalisme, et l'injustice et inégalité qui en résultèrent. Une telle situation ne saurait pas être modifié par un changement dans la culture traditionnelle des indiens mais par la transformation de l'actuelle système économique.